

Universidad Nacional Autónoma de México

Semiología, literatura y análisis del discurso

Author(s): Françoise Perus

Source: *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 51, No. 1, Una Mirada Retrospectiva (Jan. - Mar., 1989), pp. 151-175

Published by: [Universidad Nacional Autónoma de México](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/3540766>

Accessed: 17/06/2013 20:00

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Universidad Nacional Autónoma de México is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista Mexicana de Sociología*.

<http://www.jstor.org>

Semiología, literatura y análisis del discurso

FRANÇOISE PERUS

I. INTRODUCCIÓN

La *Revista Mexicana de Sociología* nació en vísperas de la segunda guerra mundial con una doble vocación, humanista y universalista. Orientada hacia el estudio académico-científico de los fenómenos sociales y culturales, buscaba al mismo tiempo recoger y difundir las expresiones mayores y más significativas del pensamiento universal y las perspectivas de análisis abiertas por éstas. Esta doble vocación, propia de la tradición intelectual mexicana y latinoamericana, se hace patente desde su inicio con la amplitud y diversidad de los temas tratados y con la procedencia sumamente heterogénea de los autores acogidos.

Como parte de esta vocación en muchos sentidos totalizante, la cultura —en el sentido más general de actividad humana dotada de significación— y dentro de ella, la literatura y el arte constituyen espacios de reflexión hasta cierto punto privilegiados en lo que puede considerarse como la primera época de la *Revista Mexicana de Sociología*, bajo la dirección del doctor Lucio Mendieta y Núñez (1939-1965).

Este privilegio relativo guarda sin duda relación con la tradición intelectual que presidía al proyecto del doctor Mendieta y Núñez, pero se encuentra ligado también a ese período particular del desarrollo de las disciplinas humanas y sociales en América Latina, en que éstas aún no se desprendían de la especulación filosófica o la reflexión general en torno a la cultura, sin especificación clara de los campos, los objetos y los métodos del análisis de “lo social”. El interés y el valor de la *Revista Mexicana de Sociología* en este primer período radica entonces, y en primer lugar, en esta amplitud de miras que le permite abordar bajo el ángulo de lo social, una multiplicidad de temas que el posterior proceso de especialización del conocimiento ha contribuido a dispersar y fragmentar, repartiendo sus diversos aspectos entre disciplinas diversas que tienden a desconocerse entre sí, y ello a pesar de que sus respectivas fronteras nunca han dejado de ser problemáticas.

Complementario del anterior, el segundo aspecto de este período que conviene destacar consiste precisamente en la búsqueda de las orientaciones fundamentales de la ciencia social mexicana en formación, junto con la delimitación de sus diferentes campos (entre los cuales desde el inicio el estudio de los diversos grupos indígenas existentes en México, el de-

recho, la familia, la educación, la religión, las clases medias, la población y las migraciones y posteriormente, a partir de la segunda mitad de los años cincuenta, la urbanización y los problemas agrarios y regionales. Dentro de los primeros temas, que son propiamente políticos, y de la cultura de masas llama la atención la importancia acordada a la reflexión conceptual abstracta y su relativa independencia respecto de los temas o campos empíricos delimitados. Con todo, se puede apreciar una clara evolución que consiste en un alejamiento paulatino de los enfoques culturalistas —cuyo principal exponente es sin duda Bronislar Malinowsky— y de la teoría social estadounidense representada por P. Sorokin, y un acercamiento más o menos sistemático a la tradición europea representada por Auguste Comte, Emile Durkheim, Max Weber (a quienes fueron dedicados algunos numerosos monográficos entre 1957 y 1964) y, tangencialmente, a Marx. En este proceso de confrontación, no necesariamente explícita, de tradiciones intelectuales y concepciones sociales diversas, que coincide por otra parte con el período alemanista con el cual se deciden muchas de las orientaciones del México moderno, la “sociología” mexicana adquiere también sus principales rasgos definitorios.

Se separa de la antropología y de su herencia filosófica —en el sentido especulativo del término—, y de los enfoques psicologistas y culturalistas, para orientarse fundamentalmente hacia el estudio de las estructuras y los procesos sociales, las clases, los sectores, los grupos o los movimientos sociales, y las formas de organización o dominación políticas, en una perspectiva a la vez nacional y latinoamericana que, si bien se encontraba inscrita en los orígenes de la *Revista*, adquiere formas cualitativamente nuevas: de la yuxtaposición acumulativa de ámbitos y temas, hemos pasado a la definición de objetos y métodos (y no sólo técnicas de descripción). Definición en la que concurren, de manera sin duda desigual pero fecunda, la tradición positivista, el funcionalismo y el marxismo. Ligado al agotamiento (¿?) de las fórmulas populistas, a la reorganización del capital transnacional después de la guerra de Corea, al surgimiento de la Revolución cubana, y de los movimientos tercermundistas, al ascenso más o menos generalizado de los movimientos populares —armados o no— y a la búsqueda de “soluciones desarrollistas”, este proceso de constitución de la sociología mexicana culmina y tiene su expresión más orgánica en la formulación de la llamada “teoría de la dependencia” y la discusión en torno a ella; formulación en la que concurrieron desde México no pocos intelectuales latinoamericanos exiliados.

Ahora bien, este mismo proceso de conformación de la sociología como disciplina científica fundamentalmente articulada en torno de “lo político” ha conllevado una redefinición sustancial del lugar y papel de muchos ámbitos de lo social y cultural en la reflexión sociológica. Mientras la educación o la religión mantienen en la *Revista* una presencia y un desarrollo constantes, un sinnúmero de temáticas “culturales”, o bien desaparecen como tales reabsorbidas colateralmente en función de la deli-

mitación de objetos de estudio específicos, o bien no logran configurar problemáticas concretas susceptibles de conducir a la delimitación y construcción de campos y objetos propios. Estas temáticas culturales dispersas remiten, sea a instancias específicas de producción y socialización de representaciones ideológicas y culturales como son la religión, la educación o los medios de comunicación de masas (cine, radio, prensa y televisión), sea a ámbitos particulares de esta producción: el arte, el folklore, la literatura o el cine, y por otra parte, plantean una serie de problemas relativos a lo que podemos llamar la heterogeneidad cultural propia de las sociedades latinoamericanas: “asimilación”, “aculturación”, “sincretismo”, “contactos culturales”, “mentalidad primitiva”, culturas “folk”, cultura de masas, etc. Dentro de ello, los planteamientos y estudios lingüísticos aparecen claramente vinculados con la problemática del plurilingüismo, y derivan hacia una sociolingüística empírica y descriptiva.

Los escasos estudios concretos sobre temas literarios en esta primera etapa de la *Revista Mexicana de Sociología* se refieren al *Facundo* de Sarmiento números 4 y 5 de 1939 y 3 de 1940) y a José Martí (“Martí y el mundo de lo colectivo”, “Persona y prójimo, patria y humanidad en el pensamiento de José Martí” y “Origen y desarrollo de la conciencia filosófica cubana, según José Martí”, firmados todos por Roberto Agraronte y publicados en 1941, 1960 y 1963 respectivamente). Como sus mismos títulos lo indican, más que de estudios sociológicos de todo o parte de la obra de los autores mencionados, se trata de estudios temáticos de algún aspecto de su pensamiento o de una lectura de lo social a través de la obra.

II. EN BUSCA DE CAMPOS Y OBJETOS

A. *Desarrollos teóricos-conceptuales*

El primer planteamiento relativo a la posibilidad de una “Sociología de la literatura” aparece en 1959 en un artículo firmado por Joseph Roucek de la Universidad de Bridgeport, Connecticut (número 2 de 1959) por otra parte asiduo colaborador de la *Revista Mexicana de Sociología* durante esta primera época.

De carácter sumamente general, el artículo de J. Roucek revisa las diferentes concepciones que de la literatura tuvieron diversos autores —literatos o no— a través de la historia, para sentar la relatividad de dicha noción y plantear el problema de la definición del *corpus* en los siguientes términos:

La literatura, por lo tanto, puede definirse, sociológicamente: 1) ya sea en un sentido estrecho, limitado a las “bellas letras”, y 2) en un sentido más amplio, referido a todas las comunicaciones escritas en una sociedad letrada (incluyendo mitos, leyendas, proverbios, folklor); a todos los escritos, estén en prosa o en verso, y especialmente a aquellos de carácter imaginativo o

crítico y que, a menudo innecesariamente se distinguen de los escritos científicos, de la relación de noticias y de otros tipos semejantes. Es interesante notar que el sociólogo ha descuidado este campo en su calidad de totalidad o unidad, aun cuando se haya contribuido mucho a los estudios en este terreno al examinar la literatura en cuanto uno de los aspectos del arte en su calidad de agente del control social.

Mucho ha sido, en efecto, lo que se ha publicado acerca de los aspectos sociológicos de la cultura popular (del radio, del cine, de las tiras cómicas, de la música popular y de la ficción), especialmente en beneficio de la industria de la comunicación que utiliza la investigación con objeto de convencer a los anunciantes de sus capacidades para influir en los hábitos de compra, así como para pre-probar o someter a prueba previa sus producciones más costosas (en relación con los que potencialmente se consideran elementos mejores vendedores).

En efecto, especialmente el sociólogo estadounidense, así como otros científicos sociales, se ha interesado en mayor proporción en los aspectos instrumentales del arte en la vida social. Quizá esto se haya debido a que los problemas prácticos han sido más apremiantes o insistentes, o debido a que las disciplinas académicas que tradicionalmente se habían ocupado de la historia y del análisis literario se han encontrado impreparadas ante el impacto de la literatura de las masas. Además de esto, el crítico y el historiador literarios han permanecido especialmente indiferentes ante las "profundidades inferiores de la imaginación impresa."

Así precisado el *campo*, el autor intenta definir los posibles objetos de una sociología de la literatura:

Sociológicamente hablando, la literatura es un aspecto de los patrones culturales y el análisis sociológico se enfoca en problemas tales como: 1) ¿Por qué razón el trabajo llega a escribirse o incluso a crearse?, 2) ¿Qué relación tiene con otros trabajos en el mismo campo y con trabajos u obras de otros campos?, 3) ¿Por qué ha llegado a ser aceptado o rechazado en un período dado del desarrollo histórico?, 4) ¿Qué valores básicos de la cultura expresa, distintos de los del aspecto problemático? y 5) ¿Por qué ha llegado a asumir la forma particularmente usada por el artista? Esto debe hacerse dentro de los supuestos de relatividad cultural y de selectividad cultural que dependen de las interrelaciones de una matriz cultural dada, que emerge del punto de vista cultural dado y de las mentalidades de un período dado. Toda cultura tiene ciertas creencias, valores e ideas que desea estimular y preservar. De ahí que el sociólogo se interese en la aceptabilidad del escritor para su época y para los varios grupos especiales de interés de su medio social. La relación de una obra de arte respecto de otra u otras obras de arte del período es importante, puesto que, a menudo el examen de un trabajo artístico arroja más luz sobre los elementos contenidos en otros que sin su auxiliar hubieran pasado inadvertidos. Entonces, el sociólogo tiene que crear la base cultural de los modos literarios de expresión de una época dada; proporcionar las características sobresalientes del período general de preocupaciones culturales comunes de la época [...]

La cultura y la sociedad que hacen los poderes creadores del novelista

moldean en forma considerable y determinan los temas acerca de los cuales escribe; sus puntos de vista, sus materiales y su conjunto de valores [...] ¿Porqué fueron rebeldes estos hombres y otros, en cambio, aceptaban las normas de su tiempo o las ignoraban? es un tópico de investigación en el campo de la sociología del novelista y de la novela.

[...] Dado cierto grado de habilidad, el escritor es influido y condicionado por cosas tan mundanas como el tipo de familia en que ha sido educado, su educación formal, la posición social de su familia, su nacionalidad, su religión y otra multitud de factores que actúan sobre la personalidad individual. Cualquier análisis sociológico adecuado de las novelas y de sus creadores deberá cubrir factores como los mencionados [...]

Otro aspecto del estudio de la sociología de la novela consistiría en el estudio de los sistemas de publicación existentes, de los críticos de libros, de la propaganda de libros, de los clubs de lectura, de las listas de libros de mayor venta y de una multiplicidad de tópicos relacionados. Son importantes en cuanto condicionar al público que lee novelas y reciben la influencia de todos ellos. El proceso por el cual una novela alcanza finalmente a un circuito de lectores debe estudiarse todavía. Dicho estudio puede indicar la existencia de un sistema social en el cual ciertos productos sociales pueden encontrar reconocimiento y lectores frente a otros en que dichos productos pueden ser sepultados en las bodegas de los editores o en los cajones de los manuscritos que no llegan a leerse.

Estas consideraciones en torno a los distintos aspectos de una sociología de la literatura desembocan finalmente sobre la especificación de tres "puntos de vista" o enfoques complementarios que a juicio del autor, se diferencian fundamentalmente del estudio del *no* sociólogo, por cuanto éste "valora la literatura desde los puntos de vista artístico, estético o moral, mientras el sociólogo observa el campo en forma totalmente diferente". Los tres enfoques sociológicos sintetizados por Roucek son: 1) la teoría del reflejo; 2) la teoría de la literatura como medio de control social, y 3) la teoría de la influencia.

Respecto de la "teoría del reflejo" (que hace remontar a Platón), el autor evoca brevemente el positivismo de Taine para refutarlo aduciendo que, al resaltar los determinismos sociales y culturales en la explicación de la actividad y los productores literarios pasa por alto la inspiración personal:

De este modo, en un tiempo se ha creído que la literatura refleja la economía, las relaciones familiares, el clima y los paisajes, los acontecimientos políticos, la moral, las guerras, la religión y muchos otros aspectos del ambiente y la vida social.

En la misma perspectiva, y prácticamente sin diferenciación alguna, el autor ubica las concepciones culturalistas derivadas de la filosofía alemana (*Zeitgeist*, *Weltanschauung*) y la "dialéctica de Marx", para luego enumerar al conjunto de autores anglosajones que pueden considerarse representantes de la llamada "teoría del reflejo", Veblen, Caudwell, Fox,

Calverton, Parrington y Hicks. Y concluye en el sentido de que las concepciones “reflejas”, aplicadas a la literatura de ficción y a la biografía en sus “formas populares”, son las que han predominado en la sociología de la literatura.

Acerca de la “teoría de la literatura como medio de control social”, parte de la consideración de que “Todo gran movimiento social se ha acompañado de una gran elevación en cuanto al volumen de la literatura que describe las condiciones de los tiempos en que se produce”, para desembocar en otra constatación no menos general en el sentido de que “ya sea en forma directa o ya en muchas otras formas, la teoría del control social explica [*sic*] numerosos efectos sociales directos y ‘ocultos’ de la literatura en una sociedad compleja”.

Y proporciona como ejemplo el papel de la novela negra o policiaca en la sociedad estadounidense, a la que dedicará posteriormente un artículo también publicado en la *Revista Mexicana de Sociología*, con el título “La sociología de la literatura detectivesca, criminal y de misterio” (número 2 de 1960).

En cuanto a lo que el autor llama la “teoría de la influencia”, es la que destaca en la literatura en “su efecto ‘conformador’ de la sociedad”. Teoría que, siempre seguía el autor, “ha adquirido dos manifestaciones muy amplias, dependiendo cada una de ellas de las influencias, según que éstas sean consideradas como benéficas o como perjudiciales para la sociedad”. Aunque la diferencia que establece el autor con la “teoría” anterior no resulta del todo clara, los ejemplos que proporciona se refieren a diferentes formas de censura. Asimismo los puntos de vista sintetizados parecen aludir a una dimensión socio-política de los efectos producidos por la literatura (o al menos ciertas formas de literatura), mientras que la “teoría” anterior parece que se refería a su papel en la conformación de mentalidades, formas de individualidad subjetivas, visiones del mundo e incluso mitos, sin efectos políticos directos.

Si hacemos amplia referencia al artículo de Josef Roucek no es ni por su precisión conceptual ni por la influencia que hubiera tenido en el desarrollo de la sociología de la literatura en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, sino por razones exactamente contrarias. En efecto, a pesar de que el mismo Roucek ha sido un asiduo colaborador de la *Revista* en este primer período (por una extraña razón no aparece en el índice correspondiente al período 1939-1982), y ha publicado en ella artículos relativos a cuestiones de epistemología (números 1 de 1965 y 2 de 1963), no se caracteriza tanto por su precisión conceptual cuanto por su eclecticismo, enmarcado por un funcionalismo propio de la sociología norteamericana de la época. No son por lo tanto los aspectos “teóricos” de su trabajo los que interesan aquí, sino la actualidad de algunos de sus planteamientos, e incluso de algunos de sus prejuicios. Entre estos últimos destacan el que opone la creación individual a sus determinaciones sociales, a pesar de que el mismo autor enumera una serie de

factores condicionantes en la formación del escritor, pero sobre todo el que consiste en asimilar el materialismo histórico al determinismo positivo con base en una supuesta continuidad de la “teoría del reflejo” que iría de Platón a Marx pasando por Taine, Comte y Spencer. En cuanto a los factores condicionantes que el autor enumera en relación con la formación del escritor, son los mismos que acostumbra movilizar la crítica tradicional. Aquí, como en otras partes, el punto ciego sigue siendo la renuencia de quienes trabajan con hechos literarios a hacer explícita la teoría social que subyace en la selección, jerarquización y organización de los “datos históricos” que se relacionan con el proceso de “creación”. O, si se quiere, la renuencia a abordar la problemática del “sujeto” en el marco de las *relaciones* objetivas y subjetivas que lo constituyen y en el interior del cual *se* constituye como agente “creador”. Ninguna obra literaria es la simple expresión de la subjetividad de su autor, sino el producto de la relación específica que éste establece con su propio texto conformado a partir de materiales lingüísticos y culturales dados, en los que se incluyen las tradiciones estéticas respecto de las cuales se ubica. No es por lo tanto ni el “espejo” de ninguna realidad supuestamente transparente con respecto al discurso que la aprehende y formaliza, ni el “espejo” de una subjetividad opaca que la crítica tuviera por misión descubrir más allá de las formas que supuestamente la disfrazan. Una y otra concepción “refleja” siguen hasta ahora trabando no sólo el desarrollo de una posible sociología de la literatura, sino también el de la crítica y la historia literarias en su conjunto, pues ambas descansan en aquella doble separación —muchas veces inconfesada y por tanto no teorizada— entre lo individual y lo social por una parte, y entre lo objetivo y lo subjetivo por otra.

En cuanto a las “teorías” del “control social” y de la “influencia” formuladas por el artículo de Roucek no hacen sino señalar el papel activo de la literatura en la conformación del universo de representaciones que guían las distintas prácticas de los diversos agentes sociales. Pero, al igual que tratándose de la “teoría del reflejo”, las síntesis “teóricas” del autor, no proporcionan ningún concepto para pensar dicho papel.

Más que los delineamientos “teóricos” de Roucek interesa entonces su planteamiento, es decir su caracterización del campo de estudio. En primer lugar, la extensión de la noción de literatura al conjunto de la producción discursiva de una sociedad dada, con base en la observación de que no sólo el arte sino otras muchas formas del imaginario social contribuyen en lo que él llama el “control social”. Observación sin duda válida en la era de la industria cultural de masas, por cierto bastante descuidada por la sociología o las disciplinas que fueren (semiología, ciencias de la comunicación, etc.). Basada en “los supuestos de la relatividad y la selectividad culturales”, la observación plantea algunos problemas importantes que en la actualidad pueden delimitarse en forma más precisa. En primer lugar, el del análisis de los mecanismos (económicos,

sociales, institucionales e ideológicos) de promoción y represión que, en el seno de la producción cultural concurren en la diferenciación entre literatura y subliteratura, o mejor dicho entre prácticas artísticas y producción masiva. Y en segundo lugar, el del análisis de las formas en que el arte —en este caso la literatura— inscribe estos mecanismos de diferenciación en la producción textual misma, es decir en las *obras* literarias. Esta problemática parece estar ligada a la forma de presencia del sujeto de la enunciación novelesca en relación con su enunciado y los materiales provenientes del tejido verbal social que el sujeto se apropia y organiza en forma específica. Las profundas transformaciones de la novela, y en particular de la novela hispanoamericana a partir de los cincuenta —paso de una “poética de la representación” a una “poética del lenguaje”— bien podría estar ligada a este ascenso de las múltiples formas de la cultura de masas, la cual parece provocar a su vez una redefinición de la relación de la literatura con un imaginario popular anterior, y todavía diferenciado de las formas promovidas por la industria cultural.

El tercer problema que nos parece plantear la extensión de la noción de literatura a las demás formas del discurso social consiste en saber si hay lugar para una semiología de este discurso social cuyos conceptos y métodos sean susceptibles de sustituirse por los que las distintas disciplinas humanas y sociales han venido forjando a lo largo de su desarrollo histórico y contradictorio. La pretensión del estructuralismo derivado de la lingüística postsaussureana de convertirse en “modelo” universal para las ciencias humanas y sociales, y su prolongación actual en una semiología que *tiende* a asimilar lo social con el “texto social” (es decir, con un conjunto formalmente estructurado de relaciones intertextuales caracterizado por la diseminación, circulación y cristalización lábil de una multiplicidad de signos más o menos complejos), no deja de plantear por lo menos una dificultad fundamental: la de desentrañar las relaciones existentes entre estos procesos de “semiosis social” y la dimensión material de las relaciones y las prácticas extradiscursivas *referidas* por dichos procesos. La disolución implícita de la problemática entre el ámbito de la realidad extradiscursiva aprehendida y su formalización conceptual y en una particular estructura sígnica que materializa la *relación* establecida entre estos dos planos (o sea, la reabsorción del primer plano en el segundo, dotado de la “objetividad” del modelo lógico-formal que preside a su descripción), cancela de hecho la problemática de la objetividad y de las formas y condiciones históricas de su constitución, y por tanto la problemática misma de la producción de conocimientos en sentido estricto. Por esa vía, y en el límite, la historia de la humanidad, confundida con las representaciones imaginarias que tiene de sí misma, terminaría pareciéndose a un conjunto de constelaciones más o menos fantasmagóricas. De la reflexión especulativa y humanista sobre la cultura en general, y pasando por el relativismo cultural sentado por Lévi-Strauss, llegaríamos a una concepción puramente formal y quimérica de la cultura. En este

respecto, tal vez no sea del todo indiferente el hecho de que el artículo de Roucek vincule esta posible semiología de la cultura (entonces en ciernes), a la vez, con el surgimiento de la publicidad como instrumento de manipulación del consumo y con la noción de control social.

El que la semiología aparezca vinculada en sus orígenes con una concepción funcionalista de lo social, que no puede pensar en procesos y transformaciones, no implica desde luego que la semiología constituya un simple instrumento de la reproducción de la dominación; sólo cuestiona la posibilidad de que pueda convertirse en “meta-ciencia” y suplantar en esto a la tradición filosófica. Asimismo, llama a una reflexión acerca de su estatuto teórico, o si se quiere acerca de su nivel de pertinencia en la descripción y explicación de los fenómenos culturales.

Otro aspecto del planteamiento de J. Roucek que nos parece seguir teniendo actualidad es el que recoge la problemática de la *forma literaria*. Contrariamente a lo que se suele afirmar, la sociología de la literatura no tiene el privilegio de los análisis “contenidistas” (ideológicos o no). La mayor parte de los estudios derivados del estructuralismo lingüístico, no por ser formalistas han llegado a dar cuenta de la forma artística de los textos literarios. Se han limitado más bien a proyectar modelos lógico-formales contruidos *a priori* y por derivación de los conceptos y los métodos propios de los niveles fonológicos, morfológicos o sintácticos sobre el nivel semántico, formalizando y fijando así la estructura del contenido, en la que creyeron hallar la “especificidad” de los textos “poéticos”. Sin embargo, y en ello consiste el aporte fundamental de la semiología, los signos culturales movilizados tienen grados de complejidad diversos y, lejos de constituir significantes vacíos, son elementos ya cargados de sentido y esencialmente polisémicos aun antes de formar parte del texto de que se trate. Y es precisamente con esta polisemia con la que tiene que vérselas el escritor, quien selecciona, jerarquiza y organiza estos componentes en un nuevo plano que el semiólogo soviético Yuri Lotman (*La structure du texte artistique*, París, Gallimard, 1975) llama de “modelización secundaria”. “Modelización secundaria” que no es estrictamente “formal” en el sentido formalista de la palabra, por cuanto resulta de la tensión entre el material signico movilizado y la(s) perspectiva(s) que el género, el tono y el estilo adoptados imprimen a dicho material. De ahí se desprende que la obra no es un sistema clausurado y estático, sino una totalidad compleja, jerarquizada, dinámica y contradictoria, caracterizada por un doble movimiento de apertura y clausura que la vuelve irreductible a la o las ideología(s) que la atraviesan. Lo que, dentro de los límites que señala el plano de la modelización secundaria, le permite mantener una relación dinámica con el todo vivo de la cultura en devenir y “actualizar” “contextos” socioculturales y literarios distintos.

Así llegamos al último problema planteado por el artículo de Roucek: el de la lectura y de la recepción de los textos literarios. Problema hacia el cual se han desplazado, los estudios de la significación de los textos

literarios como consecuencia del reconocimiento de la relativa inestabilidad semántica. En la conceptualización de la significación como proceso de lectura-escritura, los planteamientos de la llamada "teoría de la recepción alemana" constituyen sin duda un aporte fundamental, aunque poco difundidos en México y América Latina. La reciente publicación por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM de la excelente compilación de Dietrich Rall (*En busca del texto*, IIS-UNAM, 1988), constituye en este sentido un aporte fundamental que contribuirá sin duda al enriquecimiento del debate.

Ahora bien, las diversas preguntas al campo literario recogidas por el artículo de Roucek no señalan necesariamente los caminos transitados por los colaboradores de la *Revista Mexicana de Sociología*. Los diversos ensayos que, sin derivar de un esfuerzo concertado, contribuyen en la ubicación de problemáticas teóricas y concretas, provienen generalmente de un horizonte distinto al del funcionalismo.

Situado explícitamente del lado de la "sociología de la creación", el primero de ellos, firmado por el escritor uruguayo Hiber Conteris, lleva por título "Notas para una sociología de la novela latinoamericana" (número 3 de 1973) y constituye en realidad una breve revisión crítica del estructuralismo genético y de la sociología de la novela de Lucien Goldmann. No se apoya en las particularidades de la novela latinoamericana ni desemboca en la formulación de problemas específicos relacionados con el proceso de dicha narrativa. Su principal interés radica en el cuestionamiento de las nociones de coherencia y homología en las que se funda el estructuralismo genético, y en la problematización del uso que hace Goldmann de los conceptos o nociones de *visión del mundo e ideología*. Esta problematización lleva a Conteris a plantear "una dualidad consciente-inconsciente, subyacente en toda obra literaria":

La visión del mundo constituye el sistema de valores incorporados de manera *inconsciente* a la obra del escritor, y es por lo tanto en este plano donde han de destacarse los orígenes de clase, los condicionantes de orden económico y social, así como el complejo psíquico y privado del escritor, traspuesto de manera por lo general transfigurada a la obra literaria; constituye, como se ve, el plano de lo profundo, el conjunto de motivaciones, represiones y estímulos velados, donde nace y encuentra su sustancia temática la obra futura. Pero por encima de este sustrato inconsciente determinado por la visión del mundo que domina al escritor, se superpone el nivel de lo ideológico, es decir, el plano donde el autor o sus personajes formulan de manera *deliberada y consciente* su ideología política y su actitud frente al cambio social. La contraposición y exégesis comparada de estos dos planos de la obra literaria puede dar lugar a un considerable enriquecimiento de los resultados que se obtengan mediante el análisis sociológico, hecho que el estructuralismo genético deja de lado debido a una insuficiente delimitación de los conceptos de ideología y visión del mundo, así como de las posibilidades explicativas que surgen de una utilización simultánea de los mismos.

La metodología propuesta en relación con estos planteamientos consta de dos fases. La primera consiste en un análisis psicosociológico (determinación de lo consciente e inconsciente) y puede reducirse a dos operaciones fundamentales:

a) un análisis lingüístico, en tanto el lenguaje, según lo ha puesto en evidencia sobre todo el estructuralismo, aparece como el *conductor* de la visión del mundo del escritor, y a la vez como el medio utilizado para la *construcción de su ideología* [...]

b) la segunda operación constituye lo que puede llamarse de manera aproximada el análisis formal, englobando bajo esta expresión el estudio de los elementos estilísticos, la estructura formal y el contenido o estructura míticos de la obra [...]. La estructura o contenido mítico constituye ese nivel en que el tema y determinadas situaciones argumentales no dependen de su desarrollo consciente por parte del autor, sino de la proyección inconsciente y si se quiere involuntaria de sus obsesiones, determinando este hecho la forma en que se resuelven los conflictos y situaciones creados por la trama novelesca.

No nos hallamos aquí ni en el dominio pleno de lo formal (lenguaje, estilo, estructura narrativa) ni tampoco plenamente en el campo de lo temático, sino más bien en la conjunción de ambos planos en un tercer nivel que determina la zona más profunda y probablemente más rica —desde el punto de vista del exégeta de la obra literaria.

Con base en este análisis estructural, primero destinado a distinguir los elementos inconscientes (visión del mundo) de los elementos conscientes e intelectuales (ideología) presentes en la estructura narrativa, la segunda fase del análisis propuesto por Hiber Conteris consiste en superponer o comparar ambos planos a fin de examinar las diversas formas de relación que se establecen entre ellos. Según el autor, éstas pueden ser de analogía de inversión a oposición; posteriormente, la obra así analizada en su dinámica interna deberá ser remitida a un marco de referencias explicativo de carácter más amplio, que tome en cuenta la estructura social y sus coordenadas políticas, ideológicas, culturales, para vincularlas con la obra narrativa, “ya sea porque ésta intenta reflejar esa realidad social en algunos de sus aspectos, o porque es en el seno de esa sociedad y sometida a sus variables influencias donde se produce y aparece la obra de ficción”.

Con base en estas propuestas teóricas y metodológicas se podría, según Conteris, responder la doble pregunta de “la forma por la cual la obra literaria se constituye en un ‘dato’ o ‘cifra’ para el conocimiento de la realidad social” y la de “su forma específica de incidir sobre el proceso social en su conjunto”.

Desgraciadamente, esta reflexión del escritor uruguayo se quedó en propuestas teóricas y metodológicas. En ausencia de confrontación de estas propuestas con textos concretos, es difícil medir sus alcances. Víctima de la dictadura y durante muchos años “desaparecido”, Hiber Conteris ha

vuelto recientemente a la narrativa con unos cuentos premiados por Casa de las Américas, pero no tenemos noticia de que haya retomado su proyecto de una sociología de la narrativa latinoamericana.

Con todo, nos parece de gran importancia su distinción entre visión del mundo e ideología, en la medida en que reserva a la segunda el carácter de tendencia a una sistematización racional y conceptual de posiciones, en última instancia políticas. Esta distinción fundada en criterios a la vez lingüísticos y formales (composicionales y estilísticos) abre sin duda caminos para superar el principal escollo inherente al estructuralismo genético cuya noción de coherencia, postulada *a priori*, conduce al aislamiento de la estructura del contenido de la obra de que se trate, y a la "traducción" de éste a los términos de un sistema de pensamiento (ideología) filosófico o político y a la vinculación *unívoca* de dicho sistema con un grupo o una clase social determinados.

Años más tarde, el estructuralismo genético y la teoría de la novela de Lucien Goldmann fueron objeto de una nueva síntesis crítica hecha por Sara Sefchovich (número 2 de 1977), como parte de la revisión teórica previa a un proyecto de investigación colectiva que, bajo la dirección de Mario Monteforte Toledo, se llevaba a cabo en el Instituto de Investigaciones sociales de la UNAM sobre "Narrativa y sociedad en México".

Como parte del volumen colectivo producto de esta revisión teórica, publicado en 1976 por editorial Grijalbo con el título *Literatura, ideología y lenguaje*, la crítica de Sara Sefchovich a los planteamientos de Goldmann señala la ausencia de "una definición consistente del término estructura" (p. 737) y, como Hiber Conteris, rechaza la validez de la relación de homología entre estructuras literarias y sociales. Pero, a diferencia del escritor uruguayo, la autora cuestiona la separación goldmaniana entre ideología y visión del mundo por ser "artificial e incongruente":

Resulta pues, una modificación de la ideología por la visión del mundo, de la lucha de clases por el conflicto y de la revolución por el cambio, que nos remiten a una teoría funcionalista que es estática y que presenta relaciones mecánicas y no dialécticas, aunque se pretenda lo contrario. De los planteamientos goldmanianos se deduce una interpretación historicista de tipo lukacsiano, pero a la que le faltan los elementos marxistas de dicha teoría (p. 739).

En la misma perspectiva de revisión teórica, y como parte de la misma investigación colectiva sobre "Narrativa y sociedad en México" (que no llegó a culminar como tal pero que dio lugar al reciente libro de Sara Sefchovich *México: país de ideas, país de novelas*, México, Grijalbo, 1988), se ubica el artículo de Mario Monteforte Toledo, Eduardo Barraza (número 2 de 1976), donde los autores sintetizan los planteamientos de Hegel, Marx y Engels, Plejánov, Lenin y Trotsky. Aparte de su carácter sintético, el artículo discute la tesis de origen hegeliano en el sentido de

que el capitalismo es hostil al arte, recordando el florecimiento de la novela en el siglo xx y señalando “el enorme interés de la burguesía por el arte y la literatura”, que según los autores, se debe “al complejo de orfandad histórica de aquélla y al designio de promover y manejar ideológicamente a las superestructuras”.

En la revisión de las propuestas marxistas para el estudio histórico social de la literatura en función del proyecto colectivo sobre “Narrativa y sociedad en México”, se inscribe también el artículo de Eduardo Barraza titulado “Bertolt Brecht y el desarrollo de las fuerzas productivas artísticas” (número 3 de 1979).

El artículo de Barraza está centrado en la discusión de dos conceptos fundamentales: el de “desarrollo de las fuerzas productivas artísticas” y el de “productividad artística”, con base en un enfoque histórico de las teorías de Bertolt Brecht.

Después de reconstituir el contexto político y cultural de la Alemania prehitleriana donde surgen las propuestas de Brecht, el autor muestra que al intentar “poner al teatro en condiciones de esbozar, con medios artísticos, una imagen del mundo y modelos de convivencia entre los hombres que posibilitaran al espectador la comprensión de su medio social y le permitieran dominarlo a través de la razón y el sentimiento”, Brecht colocaba el problema de la función social del teatro y el arte en un terreno similar al de la educación, sólo que ligada al movimiento proletario y a la ruptura de las relaciones capitalistas de producción.

Revisa la formulación de la “solución brechtiana” a partir de su examen crítico de la industria cinematográfica (perfeccionamiento de la técnica artística, proletarización del productor, conversión de las obras artísticas en mercancías, carácter colectivo del trabajo artístico) que desemboca en el “teatro didáctico”, y cuya labor debe consistir en “suspender, por medios artísticos, los efectos ideológicos que emanan de la forma capitalista: el fetichismo de las mercancías”. (Distanciamiento o extrañamiento.)

El concepto brechtiano de productividad —radicalmente opuesto a la concepción capitalista— radica en la posibilidad de liberación del yo y de las fuerzas productivas humanas de su cárcel mercantil. En este punto, Barraza cuestiona el rechazo de Brecht al psicoanálisis, a pesar de que, según el autor, tiene con él algunos puntos de contacto.

Examina luego las concepciones “científicas” de Brecht acerca de lo estético y el realismo. Reconstituye brevemente la polémica Brecht-Lukács (1929-1941), señalando que más que las categorías generales del realismo lukacsiano, Brecht cuestionaba las *consecuencias prácticas* que se desprendían de las dicotomías entre formalismo y realismo y entre decadencia y progreso. A continuación Barraza examina el “carácter improductivo del trabajo artístico” a la luz de la concepción de Marx, y coloca las “ambigüedades” de Brecht frente a los sucesos de 1953 en la RDA, para resaltar lo que llama su “conciencia culpable”, por haber llegado a poner su arte al servicio de una “organización burocrática y jerárquica”.

La concepción lukacsiana del “reflejo artístico”, y más concretamente la concepción que del realismo tenía el teórico húngaro es, a su vez, objeto de análisis y discusión por mi parte, en un artículo titulado “El concepto de realismo en Lukács” (número 1 de 1976).

Producto intermedio de una investigación sobre la narrativa social de los años veinte a cincuenta en América Latina (*Historia y crítica literaria* [el realismo social y la crisis de la dominación oligárquica]. Premio Casa de las Américas, La Habana, 1982), el artículo reconstruye el concepto de realismo según Lukács a partir de sus principales categorías (particularidad, tipicidad, partidismo y “triumfo del realismo”). Luego de refutar —por ser infundadas— algunas objeciones tradicionales (mecanicismo del reflejo, olvido del lenguaje) a los planteamientos del pensador húngaro, formulo algunas objeciones relativas primero a las formas de articulación entre la forma artística y el contexto histórico, social y cultural que la determina; luego, al carácter normativo que Lukács atribuye a una concepción del realismo elaborado a partir del realismo decimonónico europeo, y finalmente a la pertinencia de establecer una comparación entre reflejo científico y reflejo artístico. Termina haciendo una caracterización de la literatura como “práctica específica en la ideología”.

El siguiente artículo teórico mío (número 2 de 1981) retoma (ampliándolo y desarrollándolo, el problema de la literatura como “práctica específica en la ideología”. Parte de la definición del estudio de las formaciones ideológicas estético-literarias como el de “los procesos de producción y reproducción de las ideologías estéticas que rigen, conjuntamente, la conformación del ámbito de la literatura y lo literario, y las prácticas de la lectura y la escritura”; procesos enmarcados por el conjunto de instituciones que dominan dicha formación y aseguran su reproducción. Después de señalar el carácter esencialmente contradictorio de dicha “formación”, examina las tendencias actualmente predominantes en ella: 1) la literatura como expresión de la subjetividad individual del autor, basada en la doble separación entre lo objetivo y lo subjetivo, por una parte, y entre lo individual y social por otra; 2) la literatura como lenguaje, o el lenguaje como materia, como medio para los fines del quehacer literario. Revisa críticamente las extrapolaciones de los conceptos y métodos derivados del estructuralismo lingüístico al campo semántico y al estudio de los textos literarios, y sienta la necesidad de desarrollar instrumentos conceptuales que permitan deslindar y pensar dialécticamente un doble conjunto de relaciones: por una parte, las que existen entre el desarrollo de las formas ideológico-culturales y el proceso histórico global y, por otra, las que se hallan implicadas en la materialización de dichas formas en la base lingüística, entendida ésta como el conjunto más o menos homogéneo de reglas fonológicas, morfológicas y sintácticas que permiten, a partir de un léxico dado, la formulación de los enunciados requeridos. Considera que los análisis “textuales” tal

y como lo han concebido hasta ahora la semántica e incluso la semiología, no pueden considerarse como el complemento o la prolongación del análisis “ideológico”, por cuanto éste se plantea fundamentalmente como el de la producción, reproducción y transformación *por el texto y a partir de él*, de determinados *efectos* en un “campo ideológico” cuyas fronteras rebasan ampliamente los márgenes del texto “en sí”. En otras palabras, sostengo que la articulación de la semiología (que postula el carácter social de toda producción de significación) requiere de la explicación y discusión de los fundamentos epistemológicos de la teoría social implícita en ella.

A continuación muestra que mientras la primera de las concepciones dominantes se funda en el privilegio de un sujeto a la vez singular y universal, la segunda se basa en la evacuación de todo sujeto, de modo que ambas se complementan para ocultar el carácter histórico-concreto de las prácticas literarias.

Subraya la no inmanencia del sentido y el valor estético, y rechaza las concepciones relativistas y subjetivistas de la lectura, por considerar que la lectura y los efectos ideológicos-estéticos que produce no son arbitrarios. “Dependen conjuntamente de las propiedades de la obra de que se trate y de las ideologías estético-literarias” que en la práctica de la lectura sobre determinan el llamado “efecto estético”.

Después de destacar la existencia de propiedades semántico-formales de las obras, la relativa inestabilidad de éstas, y el de los “efectos” de las ideologías estéticas predominantes en la lectura señala la imposibilidad a reconstituir el proceso histórico real de la literatura con base en las “leyes” que rigen la producción y reproducción de las prácticas de la lectura y la escritura y el establecimiento de las fronteras entre lo literario y lo no literario, a partir de concepciones que favorecen la actividad normativa de las estéticas idealistas y la fetichización del valor estético. Termina con algunas consideraciones en torno a los distintos factores que contribuyen al estancamiento de los debates en particular, la falta de estudios concretos, la separación tradicional entre ciencias humanas y sociales, y el predominio en la sociología latinoamericana de una reflexión política que parece haberse olvidado de que las estructuras no caminan con independencia de las fuerzas sociales que constituyen sus soportes a la vez que los agentes concretos de su reproducción y transformación.

En esta perspectiva de confluencia y debate entre teoría literaria, lingüística, semiología y análisis del discurso, el último artículo teórico al que conviene hacer referencia es el de Hans Robert Saettele: “Análisis del discurso en sociolingüística y sus implicaciones en el problema ‘lenguaje y pensamiento’” (número extraordinario de 1978).

A partir de un examen crítico de las tendencias fundamentales de la sociolingüística actual, o más exactamente de sus métodos de análisis y de la definición implícita del objeto científico que éstos encierran, Saettele plantea el doble problema del sujeto de la enunciación discursiva y de

los métodos de análisis de la significación en la práctica discursiva. La primera parte del artículo critica la sociolingüística de William Labov y la relación que éste establece entre determinadas marcas lingüísticas y formales del discurso y el “lugar social” del sujeto, puesto que la concepción de dicho “lugar social” se encuentra ligada a la noción de estratificación social y se reduce a los efectos subjetivos de la estructura sobre los agentes sociales. Encerrada en una concepción formalista del lenguaje y en un “modelo estratificacional” de lo social, la sociolingüística laboviana sólo alcanza a “describir la relación subjetiva e imaginaria de los agentes sociales con su lenguaje; no la relación objetiva y real”. Descarta así “el problema de cómo los sujetos se encuentran afectados en su poder simbólico por los procesos objetivos”.

El examen de Saetle se extiende luego a la sociolingüística de Basil Bernstein, cuyo objeto se define como el estudio del “código sociolingüístico entendido como la entidad que interviene entre la ‘competencia’ y la ‘performance’ y mediante la cual actúa la estructura social en el lenguaje”. A juicio del autor, esta concepción de la sociolingüística supone un desplazamiento con respecto a Labov, por cuanto no se limita a la *prise en compte* de las marcas lingüístico-formales y se centra en la producción de significaciones. Saetle ilustra los presupuestos de la sociolingüística bernsteiniana con los trabajos de Ulrich Oevermann para mostrar que los resultados de dichos trabajos quedan por debajo de los “análisis de contenidos”, incluso de los que consistían en el recuento de frecuencias de determinados conceptos claves destinados a hacer posible la formulación de *hipótesis* sobre el texto por cuanto operan con categorías cualitativas que se sustraen a toda posible comprobación. Marcada por el “objetivismo abstracto”, la concepción bernsteiniana equivoca su objeto al ignorar las limitaciones epistemológicas de la lingüística estructural y su evacuación de la problemática del sujeto y de la producción verbal.

A partir de estas críticas a la sociolingüística marcada por el estructuralismo y el transformacionalismo, el autor retoma la problemática del sujeto “desde la perspectiva del habla, de la comunicación y el comportamiento verbal” para descartar “la teoría de los juegos lingüísticos” de M. A. K. Halliday y señalar que no son éstos los que generan la estructura del lenguaje, sino que es esta estructura la que genera y constituye dichos “juegos”. La problemática del sujeto consiste entonces en ubicar *detrás de la comunicación* la estructura subjetiva que la determina y genera. Estructura subjetiva para cuyo análisis el autor propone tentativamente la movilización de un *método hermenéutico*, cuyas técnicas fundamentales de acceso al acto ilocutivo y al acto locutivo serían la paráfrasis y las presuposiciones; técnicas que tendrían que ser controladas por una teoría que conduzca al establecimiento de “un nivel metaperlocutivo que permita la constitución de la intersubjetividad en la investigación”.

El recuento y la exposición sucinta de las diversas orientaciones críticas de los trabajos teóricos vinculados con la posibilidad de una socio-

logía de la literatura y su eventual “encuentro” con planteamientos de la semiología y el análisis del discurso ponen de manifiesto, no sólo la confluencia (que no implica necesariamente convergencia) en este campo de dos orientaciones fundamentales de la teoría social (la estructural-funcionalista por un lado y la materialista e histórica por otro), y las principales dificultades que sigue encontrando esta disciplina para la definición de objetos específicos. Estas dificultades provienen, en primer lugar, de la confluencia en este campo de varias disciplinas cuyas fronteras y orientaciones en la definición de sus propios objetos siguen siendo hasta cierto punto borrosas y problemáticas. En segundo lugar, se derivan del carácter generalmente disperso y fragmentario de las diferentes apropiaciones conceptuales. Éstas siguen en gran medida respondiendo a la formación particular de cada investigador en una u otra de las disciplinas implicadas —e incluso a ciertas opciones ideológicas previas— sin atender al examen de las formas del debate en el interior de cada una de ellas y al de los supuestos epistemológicos que subyacen en los diferentes universos teóricos que confluyen en ellas. En ausencia de este tipo de reflexiones que constituyen la condición necesaria para el desarrollo de cada disciplina particular, resulta todavía más difícil deslindar fronteras o plantear formas de *articulación* entre disciplinas que permitan la construcción de nuevos objetos. Y por lo demás, que muchos de los artículos “teóricos” aquí revisados se presentan como anteriores o independientes de estudios concretos previamente delimitados. Por lo mismo, la sistematización de tal o cual corriente conceptual y las críticas formuladas no parecen responder a su obligada confrontación con las necesidades planteadas por el reconocimiento de un campo de estudio dado y por la reformulación de la problemática hasta entonces existente.

Ahora bien, la perspectiva “sociológica” en el estudio de los fenómenos literarios surgió originalmente como *alternativa* respecto de otros enfoques (poéticos, estilísticos, lingüísticos o formalistas). Hay, sin embargo, dicha concepción alternativa, que implicaba la yuxtaposición en el campo literario de puntos de vista independientes unos de otros, se muestra cada vez más inviable.

En efecto, los problemas encontrados por la “sociología de la literatura” en su desarrollo (en particular el de la función social de la literatura y su relación *específica* con la o las ideologías) entroncan indefectiblemente con la mayoría de los problemas que confrontan las llamadas ciencias del lenguaje: lingüística, sociolingüística, semántica, semiología, “análisis del discurso”, etc. En el centro de la problemática de dichas ciencias se encuentra sin duda la “significación”, o los modos de significar, y éstos implican necesariamente una *teoría del lenguaje* y una *teoría social*, o más bien la confrontación necesaria de los supuestos epistemológicos —con sus alcances y limitaciones— de las diferentes corrientes conceptuales inherentes a ambas disciplinas. Pero esta confrontación que tampoco puede llevarse a cabo en el puro plano teórico, ha de vincularse con la

puesta a prueba del instrumental conceptual cuando se trate de estudios concretos.

Puede llamar la atención el que, en relación con este planteamiento, mantengamos a la literatura como espacio privilegiado de lo que provisionalmente podría definirse como producción simbólica o como semiosis social. Pensamos en efecto que si bien los medios actuales de producción, reproducción y socialización de representaciones o estructuras imaginarias, ideológicas y simbólicas pueden hasta cierto punto explicar las ambiciones de la semiología por constituirse en “ciencia de las ciencias”, la literatura (entendida como conjunto históricamente constituido de *prácticas* de escritura y lectura) sigue siendo irreductible a otras formas de la producción simbólica, aunque tenga que ver con ellas. El problema de la especificidad de la literatura no es un problema puramente formal sino, precisamente, el de las transformaciones históricas de sus relaciones con otras formas discursivas, y por consiguiente con las ideologías que las atraviesan y que contribuyen a reforzar o transformar. Frente al monologismo de la subcultura de masas que cancele la problemática del lugar y el papel del sujeto de la enunciación en su doble relación con el propio enunciado y con el discurso del “otro”, no es de extrañar el que dicha problemática sea precisamente uno de los ámbitos en torno a los cuales gira actualmente la cuestión de la especificidad de la literatura. Pero si ésta es esencialmente histórica y concreta y mantiene con las demás formas de la producción ideológica y cultural una compleja relación de contradicción, resulta claro que los estudios literarios no pueden desentenderse del conjunto de reflexiones filosóficas y políticas en torno a la actual crisis del pensamiento occidental, manifiesta en la noción de “posmodernidad”. En este sentido hay en la *Revista Mexicana de Sociología* una marcada ausencia de reflexión crítica en torno a las propuestas de Barthes primero, Foucault después y finalmente Derrida, para no citar sino fuentes francesas fundamentadas en el actual debate en torno a la crisis de la “modernidad”. Sólo dos artículos abordan a Foucault y Derrida (respectivamente, números 4 de 1979 y 4 de 1983), pero desde una perspectiva estrictamente política y sin extender su reflexión a las propuestas e implicaciones de su universo conceptual para el análisis de la producción simbólica, literaria o no.

B. *Estudios concretos*

1. Discurso literario.

De los estudios concretos publicados por la *Revista Mexicana de Sociología* sobre corrientes u obras literarias determinadas o sobre discursos políticos específicos, se puede decir que, como la apropiación crítica y los desarrollos teóricos antes reseñados, responden ante todo a preocupacio-

nes individuales y dispersas. No constituyen propiamente una unidad orgánica que diera cuenta cabal del debate entre las diversas orientaciones del conocimiento en campos específicos y concretos. Aquí también, tendremos por lo tanto que reseñarlos en sus particularidades sin buscar conferirles *a posteriori* una coherencia que no tienen.

En el campo de lo literario, volvemos a encontrar, por una parte, la vocación universalista con la cual se definió inicialmente la *Revista* con los artículos de Óscar Uribe Villegas sobre “La imagen del hombre en sociedad en la cuentística rusa” (número 2 de 1974) y soviética (número 4 de 1973), y, por otra, la tendencia a centrar la *Revista* en torno a temáticas latinoamericanas y mexicanas con una serie de artículos de diversos autores sobre corrientes y escritores del subcontinente.

Los dos artículos de Óscar Uribe Villegas constituyen estudios temáticos de los contenidos sociales de los eventos estudiados.

Puede decirse que estos cuentos reflejan las costumbres de los militares y el llamado “código del honor” la existencia de ciertos criterios normativos vigentes frente a otros emergentes o posibles; las relaciones entre las generaciones; la relación entre las autoridades y la población gobernada; las relaciones interétnicas en la Rusia zarista; la vida de los siervos y el pisoteo de su dignidad; el desempeño estacional de un trabajo ciudadano por los rúricolas; el choque de la benevolencia idealista hacia las otras clases en las condiciones estructurales objetivas de la sociedad; la hipocresía y la ineficiencia administrativa del régimen zarista; la transformación de la soberbia de un aristócrata en la búsqueda religiosa de la autenticidad; los ideales y las realidades de la vida del soldado combatiente; la inhumanidad de los oficiales zaristas hermanada a su refinamiento en los salones cortesanos; la actitud de hombres de diferentes edades y posiciones, frente a la muerte; la vida de los deportados y vagabundos; las miserias de los sirgadores y su explotación por la vanguardia capitalista del Imperio Ruso; la vida de los hombres de ciencia en la Rusia de los zares; la autenticidad del sentimiento religioso y sus repercusiones sociopolíticas.

Enunciado aquí en relación con la cuentística rusa, los estudios temáticos planteados por el autor se consideran previos a otro de mayor alcance que consistiría en comparar las imágenes proporcionadas por los literatos con la “realidad reflejada”. Aunque en el primer artículo, el investigador sienta el problema de la *forma* del reflejo, entiende por ésta no la forma estética sino la forma del contenido, a la que ubica en un nivel temático-descriptivo. Con esto se vuelve sumamente difícil si no imposible la *comparación* planteada entre reflejo y realidad reflejada. Tal vez por ello no llegó el doctor Villegas a publicar la segunda parte del estudio inicialmente formulado.

El primer artículo sobre literatura hispanoamericana corresponde a Antonio García: “Sociología de la novela indigenista en el Ecuador” (número 4 de 1968), pero su contenido corresponde más al subtítulo: “Estructura social de la novelística de Jorge Icaza”.

El propósito de A. García consiste en poner de manifiesto la coherencia o “unidad sociológica” de la narrativa de Jorge Icaza y el aporte significativo del novelista ecuatoriano a la problemática del indio cuyos antecedentes se encuentran en “el descarnado análisis de la historia y el patético enunciado de la frustración de la república, *conservadora o liberal*, edificada sobre el colonialismo interior y la opresión total, despiadada y tranquila, del pueblo indígena”, que llevaron a cabo autores como Benites, M. A. Aguirre, Alfredo Pareja y A. F. Rojas. García quiere mostrar que “toda la problemática de la sociología ecuatoriana está enunciada —con excepcional agudeza crítica— en el amplio registro literario de Jorge Icaza”. (Latifundio, paternalismo señorial, servidumbre, éxodo, fundamentación étnica de las clases sociales, ordenamiento, tiranía de la dominación política, enlace de liberales y conservadores en el mantenimiento del orden colonial, etcétera).

Ahora bien, aunque el autor subraya el extraordinario valor *analítico* de la narrativa de Icaza y su importancia sociológica en la constitución de una nueva cultura, hace hincapié en la *universalidad artística* del narrador ecuatoriano, comparándolo con otros autores de “transición”, como Balzac y Dostoievski. Más allá del valor sociológico de la obra de Icaza, A. García funda esta universalidad en la capacidad de éste por desentrañar los alcances objetivos y subjetivos de un sistema social basado en la hacienda: más que un régimen de propiedad se trata de un “sistema de vida señorial” que permea no sólo las condiciones de vida sino también la psicología de todos los estratos de la sociedad ecuatoriana.

La concepción estética que subyace en el análisis de Antonio García es, como se puede apreciar, la del realismo, sin duda afin con el proyecto ideológico-estético de Icaza. De ahí que las *relaciones étnicas* y de clase que guían su análisis de las formas de la dominación señorial pueden considerarse como homólogas a las del propio Icaza. Sin embargo, el sociólogo colombiano no explora todas las consecuencias de los fundamentos señoriales de la sociedad “reflejada” por Icaza para la forma novelesca misma y lo que en este caso la separa de sus parangones (Balzac o Dostoievski), precisamente por la particularidad del referente ecuatoriano. Llevar más adelante el análisis de la forma artística permitiría sin duda poner de manifiesto lo que el novelista ecuatoriano aportó no sólo en el plano del contenido (conocimiento y bases para una nueva cultura), sino también en el de las transformaciones del género novelesco.

El artículo del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva, “Para una interpretación sociológica de *Cien años de soledad*” (número 1 de 1974) sitúa el análisis de la novela de García Márquez precisamente en torno a la forma artística que asume a la luz de los planteamientos de Lukács y Goldmann. De éstos retiene primero la noción de “humorismo” o “ironía” para destacar su presencia en la obra del colombiano. Sin embargo, señala a continuación que si bien dicha presencia permite ubicar a *Cien años* del lado del género novelesco, el hecho de que la narración no se centre

en un “héroe individual y problemático” sino en la historia de toda una colectividad representada por una estirpe, con base en una temporalidad amplia y una estructura narrativa que mantiene la autonomía de los distintos episodios, aparta a la novela de García Márquez de las formas europeas y la acerca a formas épicas. A juicio del autor, esta “ambigüedad” (formal) “no sería otra cosa que la expresión literaria de la heterogeneidad estructural del referente empírico de la narración: América Latina en general y Colombia en particular; y reflejaría la ambigüedad de una praxis compleja, procedente de niveles distintos de una misma formación social que articula en su seno modos diversos de producción y fases asimismo diversas del modo de producción (capitalista) dominante”.

Cueva ubica el nivel dominante de dicha praxis en el sentimiento de soledad que la experiencia de la urbe con su economía de mercado lleva a proyectar “irónicamente” sobre el nivel subordinado de la aldea, que constituye el referente y la materia prima de la praxis creadora.

El problema se plantea, entonces, en términos virtualmente antinómicos. De una parte, un referente empírico que no puede imponer su forma propia de conciencia como perspectiva hegemónica, capaz de estructurar a la obra en la forma estética pertinente (epopeya o romance épico, por ejemplo), por hallarse ubicado en un nivel *subalterno* de la formación social que lo engloba y redefine y desde el cual sólo podría engendrarse algún género de literatura popular, que no es el caso de la de García Márquez. De otra parte, una forma de conciencia proveniente del polo social hegemónico, pero que por sí sola no basta e incluso puede convertirse en óbice para la adecuada planeación de aquella materia prima que naturalmente posee su propio espesor, vale decir su propia forma y requiere por lo tanto un tratamiento estético particular.

Después de rastrear los antecedentes de dicha problemática en la obra de García Márquez anterior a *Cien años*, Cueva analiza las modalidades de la solución formal entre elementos épicos y novelescos para mostrar la manera como García Márquez logra resolver en esta obra el problema de la exterioridad del punto de vista con respecto a su referente. Las soluciones atañen al plano de la verosimilitud, a la constitución de los personajes; a los núcleos temático-culturales que éstos cristalizan, y a la estructura temporal del relato.

A partir de este análisis de los aspectos generales de forma, el autor se interroga sobre “la perspectiva más *inmediata* desde la cual García Márquez *accede* a la realidad aldeana”. A su juicio, que dicha perspectiva “proviene de aquellos grupos medios ‘aldeanos’ cuya situación no se define por una liga específica con los medios de producción, sino más bien con la superestructura jurídico-política local y nacional (militares, funcionarios notables de aldea en general); grupos impregnados de valores señoriales y que incluso pueden desempeñarse en escala local en el papel de ‘pequeña

aristocracia' ". En cuanto a las determinaciones del tema, el autor considera que *Cien años* "bien podría ser interpretada como la mirada nostálgica que ciertas capas urbanas echan sobre su origen pre-citadino. No es un azar que surja precisamente en el momento en que América Latina se convierte en una sociedad predominantemente urbana y cuando la hegemonía acentuada del capitalismo industrial crea formas de vida cada vez más complejas y problemáticas de existencia. Como tampoco es casual que esa nostalgia de una 'infancia' social míticamente sencilla y transparente haya producido la novela más diáfana de este siglo".

El número 3 de 1979, se publicó el artículo de Eduardo Barraza ya reseñado, publica además dos estudios concretos sobre M. A. Asturias y Luis Spota, por Jorge Fernández Font y Sara Sefchovich, respectivamente.

El primero de ellos ("Apuntes para una literatura social de dos novelas de Miguel Ángel Asturias") constituye una tentativa por articular la perspectiva sociológica con la semiología en el análisis de *El señor presidente* y *Hombres de maíz*.

En este caso, la perspectiva "sociológica" adoptada parte del trabajo de Françoise Perus, *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo* (Casa de las Américas. La Habana, 1976 y Siglo XXI, México, 1976). Fernández Font resume así dicha perspectiva sociológica:

De esta forma podemos concluir que el *modo de manifestación* de la contradicción experiencia social/ideología consiste en la presencia de una conflictividad originaria cuyo desarrollo conduce a una solución ideológica a través de múltiples instancias y planos de la narración encaminados a la recuperación ideológica de dicha experiencia social, y a la construcción de un verosímil asimismo ideológico de solución.

En cuanto a la incorporación de la semiología, se plantea como "instrumento lógico-formal que debe ser supeditado a las categorías de una ciencia global más amplia a cuyo servicio debe estar". La pertinencia de dicho instrumento se sitúa entonces en el nivel "técnico" de organización del contenido y sus condiciones formales de emisión. (Niveles lingüístico, semántico y referencial.)

Con base en estas formulaciones previas, el autor propone una "lectura social" de las dos novelas de Asturias antes mencionadas, distinguiendo entre lo referencial y lo semántico (delimitado a partir de una serie de claves que permiten ubicar la "conflictividad originaria" y los términos del conflicto). En cuanto a la "solución ideológica", el autor la ubica en el plano de la trama, y refiere al "nivel lingüístico" a la relación que el narrador mantiene con lo narrado.

A pesar de la *mise en place* de un aparato teórico que plantea complejos problemas de articulación entre disciplinas que el autor no logra resolver, los alcances del análisis "concreto" permanecen en un nivel descriptivo y formal, y las vinculaciones de los textos con el contexto histórico resultan más o menos arbitrarias.

El artículo de Sara Sefchovich "Luis Spota, la costumbre del poder" forma parte de la investigación de la autora publicada con el mismo título por la editorial Grijalbo en 1985.

Plantea una "lectura política" de la tetralogía de Spota (*Retrato hablado, Palabras mayores, Sobre la marcha y El primer día*) partiendo de las condiciones históricas que permitieron el surgimiento de un conjunto de obras que se convirtieron en *best-seller*, y que, a juicio de la autora, "se basan en esquemas simplistas que transforman la aparente crítica del poder en una apología de éste". Se trata de un fenómeno totalmente nuevo en México, en donde no había hasta entonces una tradición de novela política:

En un país sin novela política, sin crítica, cualquier indicio de ella —y más aún si no cuestiona el sistema— llena un vacío, cumple una necesidad, es la mercancía necesaria. Así pues, en Spota se articulan la falta de tradición de la novelística política en México, el vacío y la necesidad de llenarlo con los modelos impuestos por la cultura norteamericana de 'lo masivo', de lo crítico en superficie, de la producción literaria en el sentido económico de la palabra [...]. Esta articulación explica el "éxito" de los libros de Spota y a su vez condiciona el modo de escribir.

"Modo de escribir" que la autora considera después para caracterizarlo como lineal y efectista.

Aparte de estos estudios sobre autores u obras concretos de orientaciones y alcances diversos, la *Revista Mexicana de Sociología* publicó en el número 4 de 1974 el proyecto de investigación de Françoise Perus sobre "Literatura y sociedad en América Latina", que más que estudio de casos individuales se proponía abordar la reconstitución de procesos histórico-literarios partiendo inicialmente de algunos momentos culminantes del proceso literario latinoamericano (modernismo, narrativa social y nueva narrativa), para colocarlos en una perspectiva "sociológica" de investigación. Perspectiva sociológica que se funda primero en la distinción y articulación entre 1) el sentido y la función que los agentes sociales asignan *subjetivamente* a sus prácticas, y 2) el sentido y la función que éstas tienen *objetivamente* en determinado contexto social; y luego en la distinción entre la práctica de la escritura (entendida como práctica *específica* en la ideología) y las ideologías *de* la literatura que históricamente se van generando en torno a tales prácticas. Propone una periodización y caracterización tentativas de las corrientes dominantes por estudiar, a partir de las transformaciones de las estructuras sociales latinoamericanas, de la transformación de los grupos productores en su vinculación con el desarrollo de las clases fundamentales, y de criterios temáticos y formales. Dicho proyecto de investigación condujo por ahora a la publicación de dos volúmenes merecedores del Premio Casa de las Américas en 1976 y 1982, respectivamente: *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*

(Casa de las Américas, La Habana, 1976 y Siglo XXI, México, 1976) e *Historia y crítica literario: el realismo social y la crisis de la dominación oligárquica* (Casa de las Américas, La Habana, 1982). Un tercer volumen sobre problemas de poética narrativa, previo al estudio de la “nueva narrativa” se encuentra actualmente en preparación.

2) Discurso político.

El discurso político mexicano ha sido objeto de dos ensayos, de Sara Sefchovich y Gilberto Giménez Montiel, respectivamente, publicados en en el número 2 de 1983.

El de Gilberto Giménez, titulado “La controversia ideológica en torno al IV Informe de José López Portillo” constituye un “ensayo de análisis argumentativo” que parte de lo que Bernard Conein llama “materiales discursivos” y de los planteamientos de J. L. Austin acerca de los actos de lenguaje performativo.

Lo que se ha dado en llamar “materialidades discursivas” remite a un doble postulado de la teoría materialista del discurso: *a)* los discursos tienen siempre por marco la materialidad de la historia, esto es, hay *efectos de determinación* de las estructuras y las coyunturas históricas sobre la producción discursiva; *b)* los discursos —al menos cuando son orgánicos— también producen “materialidades”, es decir, *en parte*, son constitutivos de la realidad, de los hechos y de los acontecimientos.

Después de caracterizar el IV Informe de José López Portillo como “emergente” y de transgresión política y tensional, cuya función sería legitimar la gestión gubernativa mediante la *argumentación pragmática*, tal y como la define Ch. Perelman, G. Giménez desglosa la articulación de los “materiales discursivos” en interdiscursos externo e interno. Luego pasa al análisis de la argumentación (estrategias discursivas), a la que en este caso caracteriza como de “contra-argumentación” en torno a una serie de tópicos: la política económica, el contexto internacional, lo “claro” y lo “oscuro” de la crisis, la nación mexicana, etc. Esto le permite poner de manifiesto la multiplicidad de recursos argumentados movilizados. Y concluye finalmente sobre “las consecuencias del IV Informe”, analizando la posición que frente a éste manifestaron los sectores sociales fundamentales a través de sus dirigentes, verificando —o no— los efectos surtidos por la argumentación del presidente saliente.

El IV Informe funcionó como un divisor político, como un parte-aguas, como un nuevo punto de referencia obligado en la escena política del país. Incidió profunda y repentinamente sobre la coyuntura política, polarizando en torno a sí la circulación social de discursos, modificando la correlación de fuerza, redefiniendo el sistema de alianzas entre el Estado y las clases dominantes y obligando a todos los grupos políticos a revisar sus estrategias y programas.

El análisis *argumentativo* de Giménez es sin duda preciso y detallado y aporta valiosos elementos acerca del arte argumentativo (¿o retórico?) del entonces presidente de México. Sin embargo, cabe la duda de saber si es el discurso como tal y su argumentación los que “modificaron la correlación de fuerzas” o si fue la medida económica (extradiscursiva) en él anunciada. (La nacionalización de la banca mexicana.)

El segundo artículo, de Sara Sefchovich, se refiere a “la derecha apocalíptica” y analiza un conjunto de libros (*Última llamada*, de González de la Garza; *Al rescate de México* de Mauricio Gómez Mayorga; *¡Pobre Patria!* de Alfonso Serrano Illescas; *México en crisis* de Armando Ayala Anguiano; y *Radiografía de un gobierno* y *La estatización de la banca* de Luis Pazos), publicados todos entre 1981 y 1982. La autora se propone considerarlos como “un solo texto” en el cual se expresa la derecha mexicana frente a los sexenios de Luis Echeverría y José López Portillo, caracterizado el primero por una “crisis de confianza” que el segundo había querido restaurar.

Después de señalar la potencia de los aparatos editoriales que se encuentran detrás de los libros mencionados, Sara Sefchovich pasa revista de los contenidos fundamentales de cada uno de ellos y de sus principales “estrategias discursivas”, “maniqueas”, “patriotas” y “revanchistas”. Luego hace un recuento de los lugares comunes, las perspectivas y las formas de argumentación comunes en todos ellos.

La característica definitoria de estos discursos es: el predominio hasta la hipertrofia de la función argumentativa: tesis, argumentos y pruebas que esquematizan y teatralizan el ser y el deber ser políticos y lo hacen con visas a un público bien determinado, compuesto por lectores que no son adversarios sino partidarios que se reconocen y confirman entre sí.

La autora desmonta a continuación los principales mecanismos de argumentación ideologizantes en torno a los principales temas configurados, para sentar la existencia de una derecha mexicana con su ideología, y analizar las formas y los funcionamientos de dicha ideología en el discurso performativo. Termina mostrando que si bien las palabras y los tópicos (lugares ideológicos) pueden circular en los discursos de sectores sociales opuestos o contradictorios, lo que distingue a estos discursos entre sí los significados atribuidos a los términos y las formas mismas de la argumentación:

La cuestión no radica en aislar cada problema (la devaluación, la política de empleos, etc.), sino en considerar el conjunto de la situación que los engendra, de la argumentación que los explica y que propone las estrategias para su solución. Pues no sólo las mismas palabras tienen un significado diferente, sino que tampoco se ven iguales las causas de los problemas ni los objetivos para el mañana. También esto cambia según el lugar desde el cual se produce cada discurso y según los presupuestos de partida y las perspectivas que los sustentan.